



Esta obra me ha llamado siempre la atención, del mismo modo que a los visitantes, por su calidad técnica. Pero también por su historia, la de un escultor “desengañado”.

Isabel II, velada

LETICIA AZCUE BREA, jefa de conservación del Área de Escultura y Artes decorativas del Museo del Prado

EN EL MUNDO escultórico el virtuosismo ha sido una parte esencial del proceso técnico, y solo los grandes artistas lo han conseguido. Ser capaz de trasladar al mármol la sensación de transparencia, ha sido un permanente reto, que se conoce bien desde la llamada “técnica de los paños mojados” en la estatuaria clásica, que los griegos desarrollaron para mostrar las formas del cuerpo humano a través de una vestidura mojada.

Solo hay que pensar que un único golpe no certero con el cincel, en cualquier fase del proceso, pero sobre todo en el último momento, podría arruinar el trabajo y el tiempo dedicado por el artista, porque un error no tiene vuelta atrás. Afortunadamente, Camillo Torreggiani

(Ferrara, 1820-1896), logró su propósito después de trece meses de trabajo.

Dotes escultóricas. Sin embargo, también llama la atención el asunto, la razón para su ejecución y la reacción de la Corte. Se trata de un retrato de la reina Isabel II realizado en 1855. Sorprende que sea un retrato velado, el único de ese tipo de la soberana, y para el que no hay una explicación clara como iconografía. Existe la tradición de representar alegóricamente de esta manera, velada, a la Fe, y a veces también a la Virtud y la Religión, y quizá se podría pensar en una representación alegórica de la reina como su máxima garante.

Pero junto a este posible simbolismo tenía, en realidad, otra finalidad. Era una muestra que ofrecía a la Reina para demostrarle sus excelentes dotes escultóricas, y también impresionar a los escultores de Cámara porque era una obra excepcional. Y evidentemente, en la confianza de que fuera adquirida y de recibir encargos de otras obras en España.

La mera observación muestra cómo el escultor seleccionó el material según la importancia, optó por el mármol de Carrara muy blanco, de primera categoría, para el busto, mientras que el alto pedestal en el que se apoya, lo realizó en mármol de segunda clase, algo más grisáceo.

Sin embargo, sus lógicas expectativas quedaron totalmente frustradas. La obra fue tasada en 1855, y era de suponer que se valorarían los gastos de la creación artística del retrato, el diseño ornamental del pedestal, el embalaje y el transporte. Finalmente, solo se valoró el material, e incluso se le pagó una cantidad menor a la tasación que había hecho el escultor, por lo que Torreggiani se quejó amargamente. Y nunca recibió un encargo de la Corte madrileña.

Una vez adquirida, la obra pasó en 1856 al entonces Real Museo de Pintura y Escultura, hoy Museo del Prado.

Si el lector tiene curiosidad por ver otra escultura de este tipo en España, podrá encontrarla en el Palacio de La

Granja de San Ildefonso. Se trata de *La Fe velada*, realizada en 1720 por Antonio Corradini, el gran pionero italiano del siglo XVIII en esta fórmula de estatuas veladas, y cuyas obras maestras de insuperable ejecución se encuentran en la Capilla de San Severo de Nápoles. ●

Sorprende que sea un retrato velado, el único de ese tipo de la soberana, y para el que no hay una explicación clara como iconografía

Claves de la obra

Autor: Camillo Torreggiani

Tamaño: 96,5 x 57 x 47,5 cm

Material: Mármol de Carrara

Fecha creación: 1855

Ubicación: Sala 63B del Museo del Prado